
Umbrales

Carlos Pereda

Para Jesusa

La palabra castellana “umbral” resuena en un párrafo, brilla, le da realce y hasta prestigio a la oración en que interviene; no alude a una simple demarcación entre dos ámbitos. Por ejemplo, la expresión “estar en el umbral” suele despertar imágenes como la de una persona que se encuentra en la entrada de cierto lugar y se detiene un momento, vacilante, pensativa, o tal vez dudando y expectante: no se halla totalmente en el interior, tampoco ya más por completo fuera, casi se decide a entrar, aunque todavía no lo ha hecho y sus creencias y deseos fluctúan ¿no se atreve a traspasar la puerta?, ¿piensa en lo valioso que deja, o acaso teme lo que la espera? En cualquier caso, la palabra “umbral” se dirige más hacia lo que vendrá que al pasado, refiere sobre todo al comienzo de nuevas actividades, admirables o atroces; por eso, no es casual que digamos “eso está en los umbrales de lo sublime”, y también “eso ya está en los umbrales de la bajeza”, queriendo decir “eso está en el principio de”.

Con la expresión “estar en el umbral” se alude, entonces, a un tipo de situaciones de cierta perplejidad, de indecisión, pero no a cualquier tipo. Por lo pronto, no nos referimos a situaciones de indecisión como la de elegir entre comprarse una camisa azul o una verde, o a la indecisión entre pasar las vacaciones en Puerto Escondido o en Huatulco; en casos como éstos sería inútilmente pomposo hablar de situaciones tipo “estar en el umbral”. ¿Cómo es esto? Ya se indicó que la palabra “umbral” resuena; previsiblemente, la expresión “estar en el umbral” designa un empezar importante, en algún sentido, decisivo, y por eso, incluso solemne; pero cuidado, por ahí también se puede ir por el mal camino pues es posible malentender la expresión “estar en el umbral”, por lo menos, en dos direcciones opuestas.

Por un lado, a partir del vértigo simplificador, acompañado no pocas veces del vértigo de lo sublime, se tiende a reducir las posibilidades de "estar en el umbral" a dos o tres rarísimas ocasiones en la vida, en las cuales se toman las decisiones fundamentales, y el resto se vive de la leche, o el veneno, que mana de esos manantiales originarios. La doctrina a menudo llamada "decisionismo" (cara a los neo-positivistas y con la que tanto coquetearon pensadores tan diferentes como Max Weber y Karl Popper) tiende a pensar los valores, la intervención de la normatividad en la vida humana *grosso modo* de la siguiente manera: el valor de nuestras normas comunes y corrientes se justifica en el valor de normas de mayor alcance y profundidad, y así sucesivamente hasta llegar a las normas fundamentales; sin embargo, ¿cómo se justifican estas últimas, si ya no es posible apelar a otras normas aún más fundamentales? Respuesta simplísima: se las justifica en "decisiones últimas" sin justificación alguna, "fines últimos", "propósitos últimos" que se eligen en algunos momentos privilegiados de nuestra vida (¿en ciertas tardes enteramente gratas de primavera?) y que responden a emociones centrales de la persona o a sus deseos más básicos; seguramente con estos momentos privilegiados se construyen las situaciones tipo "estar en el umbral". Sin embargo, toda esta manera de pensar el papel de los valores, de la normatividad en una vida ¿es compartible? ¿Los fines últimos, los propósitos más importantes se deciden así, y de una vez y para siempre, y permanecen fijos, inmunes a las diferentes vicisitudes por las que atraviesa la vida de cualquier persona?

Frente a esta reducción de las situaciones tipo "estar en el umbral" a algo así como situaciones fundacionales del valor, de la normatividad, y por lo tanto, a situaciones rarísimas, dos o tres veces en la vida y nada más, nos topamos con el vértigo opuesto, con el vértigo complicador que empuja a multiplicar esas situaciones, a convertirlas en situaciones cotidianas o casi cotidianas. En algún sentido, cada mañana nos despertaríamos estando en el umbral; como decimos a veces, para animarnos sobre todo en momentos de desesperación: cada día puede ser un comienzo realmente drástico, radicalmente nuevo. Sin embargo, ello es también una ilusión. No cada día, pese a todas las canciones que nos adulan al respecto, nos levantamos hechos un nuevo Adán o una nueva Eva. La memoria está ahí, compañera ineludible y algunas veces, también, el inco-

rruptible testigo que te arrincona y te acusa. Nadie desea, cree, ac-túa impunemente. Además, el uso inflacionario de los umbrales los desgasta.

Nuevamente —sí, otra vez—, hay que tomar la vía intermedia. Hay momentos en la vida en los que realmente se está en algún umbral, claras mañanas o turbias mañanas en las que se pueden repensar nuestros planes de vida y confirmarlos o redirigirlos o hasta cambiarlos; no cada día, aunque sí algunas veces; ello depende de cada uno de nosotros, de las experiencias que se ha tenido, de la persona que se es. También de la tradición en la que nos encontramos, de la sociedad a la que se pertenece. Sin embargo ¿qué quiero hacer con todas estas vaguedades?

Los poemas, por lo menos algunos poemas, nos hacen pensar. Por lo pronto, tales apresuradas reflexiones me vinieron a la cabeza al leer, o más bien, después de varias relecturas de dos poemas *muy* diferentes que, aunque ambos tratan de situaciones tipo “estar en el umbral”, en un rápido acercamiento, seguramente muchos lectores —¿lectores distraídos?— tenderán a pensar que no tienen nada que ver el uno con el otro.

El primero de estos poemas es un “militante” pronunciamiento de Rosario Castellanos:

MEDITACIÓN EN EL UMBRAL

No, no es la solución
tirarse bajo un tren como la Ana de Tolstoi
ni apurar el arsénico de Madame Bovary
ni aguardar en los páramos de Ávila la visita
del ángel con venablo
antes de liarse el manto a la cabeza
y comenzar a actuar.

No concluir las leyes geométricas, contando
las vigas de la celda de castigo
como lo hizo Sor Juana. No es la solución
escribir, mientras llegan las visitas,
en la sala de estar de la familia Austen
ni encerrarse en el ático

de alguna residencia de la Nueva Inglaterra
y soñar, con la Biblia de los Dickinson
debajo de una almohada de soltera.

Debe haber otro modo que no se llame Safo
ni Mesalina ni María Egipciaca
ni Magdalena ni Clemencia Isaura.

Otro modo de ser humano y libre.

Otro modo de ser.

Esta “meditación” es, en realidad, un manifiesto, o más bien, una enérgica meditación que produce un anti-manifiesto, pues si en un manifiesto se expresan de manera rotunda y, en varios aspectos, angostadas ciertas intenciones, en este poema se declara y se medita, sobre todo, acerca de aquello que no se quiere. Por eso, y recurriendo a los niveles de la retórica clásica, es fácil descubrir la *dispositio* del poema, su nítida estructura: el texto del poema es una enumeración puramente negativa (a diferencia de las enumeraciones a menudo positivas en poetas que tanto placer tienen en enumerar como Whitman), un catálogo de sugestivos nombres propios de mujer que conforman algo así como una épica de la mujer, o quizá habría que decir mejor, que indican huellas de la memoria guerrera de las mujeres, y de antemano, a todo ello se le dice “no”. A su vez, a este texto se le opone un contratexto que es la pura expresión de un deseo. Como buen manifiesto, o anti-manifiesto, el poema es casi puramente provocador: se exhibe una lista de nombres femeninos y a ver qué pasa con quien lee, qué pasa con nosotros cuando leemos esa lista, cómo respondemos a esa provocación, de ahí que valga la pena repasar con cuidado este inventario de nombres propios que conforma el texto del poema.

Al comienzo se introducen dos personajes de ficción escrita por hombres, Ana Karenina y Madame Bovary, prototipos del adulterio decimonónico que previsiblemente acaba en la ruina y la muerte (como se sabe, incluyendo a veces la ruina económica): se empieza, pues, con una memoria ficticia diseñada por hombres, tal vez sugiriéndose “hasta la memoria ellos nos la han construido”. Luego

desfilan los nombres de cinco grandes escritoras, aunque cada una muy diferente de las otras; por un lado, dos deslumbrantes extremos, dos universos del discurso y de la pasión, Santa Teresa y Safo; por otro, en el medio, tres escritoras más seculares, en algún sentido “profesionales”, o que querrían serlo, pero que, no obstante, las circunstancias las hacen escribir a contrapelo, como dejándose perdonar que tengan tal “ocurrencia de hombres”, a saber, dedicarse a escribir: Sor Juana, Jane Austen, Emily Dickinson. Curiosamente, la menos desgarrada de todas estas mujeres, la más tranquilamente feliz, parece ser la más lejana, la más antigua, la infinita Safo, que con tanta frecuencia se detenía a contemplar el mar. La lista concluye con cuatro nombres: incluye a una emperatriz prostituta y asesina, dos conversas y una santa, en algunos casos más personajes de la leyenda que de la historia.

Se preguntará: ¿qué tienen en común todas estas mujeres a las que la voz del poema, su “autora implícita” les dice “no, no quiero ser como ustedes”? Si no me equivoco la respuesta es fácil: se trata en todos los casos de decirle “no” a la mujer como autora de partes de guerra, a la mujer en tanto figura excepcional. Este “no”, pues, es un “no” a la heroína, un “no” a la memoria femenina como pura memoria de una épica de desgarramientos y luchas sin pausa. Y el deseo, el “debe haber otro modo” se descubre como un deseo de normalidad, o si se prefiere, de cierta posibilidad de calma, de no estar inevitablemente navegando en un mar infectado de piratas: se expresa el deseo de que para las mujeres haya alguna manera de vivir que no sea la de estas protagonistas con frecuencia trágicas.

Sin embargo, para quien recorra la *elocutio* del poema, sus adornos y figuras retóricas, quizá esta lectura se enturbie. Pues la negación que parece conformar todo el texto de “Meditación en el umbral” puede tal vez interpretarse como si se tratase de una preterición, figura retórica que, por ejemplo, al decir no, afirma, o al menos, en parte afirma. En el poema se dice que no es la solución ese pasado de excepciones; no obstante, en el poema no se olvida tal pasado; más todavía, al negarlo, se lo recoge. Quizá se quiera precisar: se lo recoge como tentación a desechar. ¿Por qué no también como elaborada memoria, como una historia de arduos aprendizajes? Después de todo, sabemos que la “autora real” del poema —la voz que da voz a la voz del poema—, Rosario Castellanos, pertenece a esa historia

que la "autora implícita" del poema rechaza; para decirlo con el título de uno de sus libros de ensayos, Castellanos era también, como algunas de las figuras de su inventario, *mujer que sabe latín*.

También es sintomática la ambigüedad del verbo "actuar" al final de la primera estrofa y que hace que la acción "en la realidad" de estas mujeres se contamine del actuar teatral; de esta manera, insiste el poema: como la memoria de cualquier heroína, *esta memoria es memoria de gestos grandilocuentes, de escenas melodramáticas, parte del espectáculo en que se desarrolla cualquier épica, y todo eso, repito, se quiere negar*.

Al final, la figura retórica de la autonomasia reitera lo ya dicho: esos nombres de mujeres, además de referir a ciertos individuos representan también modos de vida: "debe haber otro modo que no se llame...".

Por otra parte, como todo anti-manifiesto es también inevitablemente un manifiesto, no sorprenderá que la *inventio* del poema, la bandera de creencias y deseos que iza, sea claramente discernible: un repetido "no" al pasado heroico —o más bien heroicamente infeliz, trágico— para urgentemente integrarse en la universalidad de lo que es común a todo lo humano. El penúltimo verso de "Meditación en el umbral" no ruega, no desea, no exige:

Otro modo de ser mujer y libre.

sino, ante todo y más abarcadoramente (¿y más ambiciosamente?):

Otro modo de ser humano y libre.

Pero anuncié que me preocupaban dos poemas en torno a las situaciones tipo "estar en el umbral". El segundo poema acerca de los umbrales que me importa leer, al menos aparentemente, ya lo indiqué, no tiene nada que ver con el anterior, y la lectura más distraída parece mostrar ya su lejanía con cualquier acalorado manifiesto o anti-manifiesto. Es de Antonio Deltoro y su grave dicción nos retrotrae, fuera de la gesta, lejos del combate, a la tradición latina del tranquilo proverbio y la severa sentencia:

UMBRAL

Escucha en el umbral
al paio entre dos aires;
uno ancho de mundo,
otro doméstico.

No entres así, sin más,
cambia de peso,
baja la voz.

No pises con pasos
uniformes
la hierba fronteriza.

En el umbral habitan
dioses aduaneros
que pesan
con balanzas invisibles.

Saborea la variedad
de densidades;
no comas, no respires,
agitado y de prisa
los manjares del aire.

Por lo pronto, aparece de inmediato una asimetría radical entre estas dos meditaciones sobre el umbral: en la primera, una voz de mujer niega cierta épica de la condición femenina y desea otro modo de ser “humano y libre”, ante todo, para las mujeres. La segunda es, en cambio, una voz humana que no hace hincapié en ningún sexo en particular y que, en general, habla a la condición humana de la condición humana. Dudas: ¿no es este precisamente el primer obstáculo a vencer, que los hombres olvidamos que somos sólo la mitad de la humanidad y cuando hablamos lo hacemos en nombre de toda ella, y como si no existiese la otra mitad? ¿Acaso a algún hombre se le ocurriría escribir un poema como el de Castellanos sustituyendo los nombres de mujer por brillosos nombres masculinos? Estoy corriendo; antes de cualquier apresurada conclusión leamos paso a paso el poema “Umbral”.

Si nos empeñamos otra vez en dejar guiar la lectura por ciertas categorías de la tradición de la retórica clásica, la *dispositio* del texto ya indica su diferencia: frente al terminante “no” y la expresión de un deseo exaltado de “Meditación en el umbral”, en “Umbral” priva lo que se puede considerar como una tranquilísima dialéctica entre

las exhortaciones positivas del primer y del último párrafos: “Escucha...”, “Saborea...”, y las negativas de los dos párrafos centrales “No entres...”, “No pises...”. Sin embargo, esta dialéctica es un despliegue, pero no de rupturas, sino de cierta continuidad, y todo ello se formula en un llamado a la atención elaborada y serena aunque no fija; en este sentido, recorramos la *elocutio* para atender cómo el discurso crece paso a paso y se acumula. El poema comienza invitándonos a que en situaciones tipo “estar en el umbral” nos recojamos en la quietud alerta, y esta invitación se formula con la expresión “al paio”, una metáfora casi muerta en algunas regiones de la lengua castellana pero, por ejemplo en México, viva; en efecto, la expresión “al paio” se aplica a las naves, a la vez, quietas y con las velas tendidas, esto es, se está detenido, sin obrar, aunque en disposición de hacerlo. Además, en el interior de la metáfora encontramos un hipálage, palabras que no se adecuan semánticamente como hablar de un aire “ancho”, lo que subraya la movilidad que se requiere de nuestro recogimiento: porque las circunstancias de la vida son tan cambiantes como los aires, y ello tanto en la “ancha” vida pública como en la privada. En realidad, todo el poema se desarrolla como una metáfora que se va sosteniendo: hilando, deshilándose y volviéndose a hilar. Por ejemplo, la orden “cambia de peso”, que directamente se vincula con “cambia de cuerpo”, resuena como un “cambia tus actitudes”, “cambia como te piensas”, “cambia tu forma de vida”, “cambia lo que eres”, y esa orden de cambiar de “peso” se integra secretamente en aquello de que los “dioses aduaneros”, todo lo que nos evalúa en las esquinas peligrosas de la vida, nos “pesarán”, juzgarán no lo que llevamos, sino el cuerpo, o más bien, los cuerpos que somos.

Entonces, según esta lectura del poema, en las situaciones tipo “estar en el umbral”, no mis posesiones sino la persona que uno es, eso, es lo que más cuenta a la hora de decidir si golpeo en esta puerta o la derribo a golpes o humildemente me siento a esperar ante ella.

Sin embargo, este tono severo no se prosigue en el último párrafo donde el alegre convite a “saborear” nos introduce en un clima hedonista, casi lúdico, hedonismo que se enfatiza cuando el “no comas, no respires” se unen en la sinestesia (asociación de sensaciones que pertenecen a diferentes sentidos) que arma la expresión “los manjares del aire”.

El poema se genera, pues, a partir de una *inventio* tónica: la vida como lo opuesto de la impunidad, e incluso de la inmunidad, como un elaborado viaje en el cual de vez en cuando cada uno se topa con su radical "modo de ser" vulnerable: con fronteras y aduanas y balanzas *en* las cuales, y *con* las cuales, se debe reflexionar acerca de lo que se es para juzgarse, pero hay que hacerlo sin ansiedad, pues frente a situaciones tipo "estar en el umbral", si se elude la atención quieta aunque alerta y el tono menor y móvil, la experiencia suele enseñarnos que el peligro es inminente. El poema "Umbral", entonces, puede regalarnos un elogio del ocuparse lentamente, del andar con calma pero de andar, y además, evitando lo uniforme, lo homogéneo, deteniéndose gozosamente en la deslumbrante variedad de cada una de las personas, cosas y sucesos particulares de este cambiante mundo.

Bien. Pero, entonces ¿era cierta la primera impresión? ¿La reflexión que nos permiten estos dos poemas sobre las situaciones tipo "estar en el umbral" son por completo independientes? ¿No hay diálogo posible entre estas dos meditaciones? ¿Ni siquiera algún vínculo? ¿Nada puede aprender la una de la otra? Por lo pronto, acaso cada uno de estos poemas se pueda leer como oponiéndose al otro y así, formulándose advertencias recíprocas.

Advertir: avisar, prevenir, hacerle percibir a alguien cierta circunstancia que le conviene tener en cuenta, específicamente un peligro. Sin embargo, por ejemplo ¿en qué sentido le conviene tener en cuenta a la voz de mujer que lleva a cabo una "Meditación en el umbral" lo que ordena y se ordena la voz sin sexo (al menos, la voz que no quiere asumir ningún sexo) de "Umbral"? ¿De qué importantes peligros le avisaría?

De varios peligros. Frente a la profunda negación y al pedir (¿turbada?, ¿con doloroso desasosiego?, ¿anhelante?):

Otra forma de ser humana y libre

quien lee "Umbral" probablemente se atreverá a reiterar el ten cautelosa, a aconsejar detenerse en la observación de las diferencias, en el ir despacio, con sigilo y reserva, recordando (¿con serena arrogancia?) que no basta con atacar y proponer una alternativa abierta y general, pues hay también que examinar los detalles particulares de

esa alternativa. En efecto, no por rechazar una memoria de males diseñamos ya un futuro de bienes. El deseo, también, no pocas veces alucina, y todo umbral trae a cuevas nuevas dificultades. Quiero decir, frente a la "Meditación en el umbral", el poema "Umbral" nos aconseja a reiterar, a reiterar con énfasis:

baja la voz
No pises con pasos
uniformes
la hierba fronteriza.

Está bien, está bien, pero tampoco ignores tú, podrá replicar la voz de mujer que hace su desgarrada "Meditación en el umbral", que ese manso elogio de la atención tranquila, variada y minuciosa, no se puede oír fuera de un abarcador y categórico "modo de ser humano y libre". Pues habitualmente hay ciertas condiciones generales que deben satisfacerse antes que pueda comenzar cualquier exploración matizada, cualquier sopesar que no sea mera autodecepción: cualquier juicio que no se limite a refugiarse en una interioridad que se sabe cercada, y hasta condenada a un "modo de ser" no humano, no libre. Y cuando me refiero a "ciertas condiciones generales" pienso, claro está, en la igualdad de derechos sin cuya vigencia una mujer no es todavía una persona, o no lo es plenamente. Sin embargo, esa igualdad de derechos sólo podrá resultar efectiva si de hecho se estabilizan, se institucionalizan formas de vida que consagran tal igualdad y la honran. Quiero decir: en vano se esperarán percepciones cuidadosas y argumentaciones diferenciadas de quien se encuentra acorralado, incluso de quien se encuentra *heroicamente* acorralado ("Desgraciados los pueblos que necesitan de héroes" solía repetir Brecht, un escritor no especialmente enredado en sutilezas ni especialmente desafecto a tomar partido, incluso a, atropelladamente, tomar mal partido).

Ah..., pero en este sentido, este doble meditar sobre las situaciones tipo "estar en el umbral" no sólo oponiendo una perspectiva generalizadora y una perspectiva particularizante, se complementan y corrigen en un círculo virtuoso de advertencias recíprocas, sino... quizá también un mismo río profundo las recorra. ¿De qué hablo?

Tal vez ambas reflexiones en torno a quien se encuentra en una

situación tipo "estar en el umbral", más que coincidir en un punto, acaben incluso armando un desafío muy similar, casi como configurándose en tanto variaciones del mismo tema, a saber: seguramente la persona que se deja impresionar demasiado, por las virtudes de la épica, por las virtudes del guerrero, está perdida. Porque no, la heroína o el héroe no son la solución, no, en medio del ruidoso espectáculo de una guerra no se puede dejar de apurar el arsénico y gritar, bajo los trenes en marcha, si se quiere ser oído. Pero cuando se grita es raro que se pueda pensar. Se grita cegado por la urgencia y el terror y punto. Se grita, aturdido, y nada más.

Lamentablemente, a veces la guerra es necesaria. Sin embargo, en pocas ocasiones ha sido una prometedora situación tipo "estar en el umbral": no se olvide que en casi todos los casos, la guerra es la mejor escuela para que las heroínas y los héroes, en cada bando, se forjen ilusiones de impunidad y, corriendo con grandes pasos uniformes, desequilibren esas balanzas que, aunque invisibles, "pesan" el juicio.

Por eso, la repetición es dura y seguramente antipática pero necesaria, la heroína o el héroe no son la solución. Entre otras razones, porque cuando la heroína o el héroe, agitados, de prisa, desatendiendo la variedad de densidades, se hundan en vastas y entusiastas negaciones o en vastas y no menos entusiastas afirmaciones, prácticas, o lo que es todavía peor, teóricas, los dioses aduaneros del buen juicio, inapelablemente tendrán que restringirlas, que matizarlas y, no pocas veces, que condenarlas.